

gios, y tambien los meten en el mesmo carcax. Pelean assimesmo con unas cañas é lanças y hondas, y como viven en partes ásperas, echan galgas ó piedras grandes á rodar. Traen todos sus adargas medianas de cuero de venados ó de corteças de árboles, y muy bien hechas sus embraçaduras.

Llegados estos chripstianos al real, y hecha relacion de todo al gobernador, entendida la fragosidad del camino, acordó de yr adelante por la via que llevaba, é tardó dos dias hasta llegar al lugar llamado Mene; y estando muy çerca dél, pegáronle fuego los indios, de lo qual sintieron mucha pena los chripstianos, porque yban muy cansados y con muchos dolientes. É allí haze grandissimo frio; pero aposentados como pudieron, envióse á buscar comida con veynte compañeros, é hallaron un mahiçal çerca de allí. Y estando cogiendo el mahiz, dieron los indios sobre ellos, y mataron tres chripstianos, y cortáronles las cabeças con unas cañas, que ellos usan en lugar de cuchillos, y no cortan menos, é hirieron á otros tres chripstianos, é desde á pocos dias murió el uno dellos. Estos indios acostumbran tener en sus casas colgadas por arreo cabeças de hombres y braços y piernas, desollados y llenos de hierba, como en nuestra España acostumbran los caballeros que son monteros, poner á sus puertas las cabeças é cueros de los puercos javalies y osos y otros animales; pero no se supo si estos trofeos é insinias son de indios questa gente come, ó si son de los propios ó naturales que se mueren entre aquestos indios. É assi hallaban colgadas estas memorias por aquella tierra y en este pueblo del Mene, en el qual estuvo el gobernador Ambrosio çinco dias, y el sexto se partió de allí y fué á dormir en medio de la sierra en un páramo sin ninguna poblacion. Y otro dia siguiente llegaron á la cumbre ençima del puerto; el qual halla-

ron llano é de grandes prados, sin monte alguno; y caminaron por un páramo todo el dia, con grandissimo frio, é agua, é viento: é tomóles la noche en el mesmo páramo, é hallóse el gobernador Ambrosio en la vanguardia con hasta veynte y çinco hombres, y todos los demas durmieron, de yr cansados por el camino, cada uno donde podia. Pero el que mejor cama tuvo, tenia los piés en el agua assentado, dando tenaçadas con los dientes, temblando de frio, sin lumbre y sin comer y sin ropa ni abrigo alguno. Quando fué de dia, movieron los delanteros con el gobernador, é vieron çerca de allí un pueblo con veynte casas ó buhíos, al qual pegaron fuego los indios, assi como vieron á los chripstianos, é huyeron.

Llegados los chripstianos, hallaron sola una casa por quemar, en la qual se metió el gobernador, y envió á recoger la gente, y tardó en esto dos dias. Pero no llegaron todos, porque ocho chripstianos quedaron muertos de frio, é algunos de hambre; y uno de los defuntos fué el capitán Casamyres Nuremberg, de los de á caballo, que yba doliente muchos dias avia é hinchado. Y quedaron en el páramo con los chripstianos muertos un negro y una yegua, y mas de çiento y veynte indios muertos de los que traían: quedaron cadenas, municiones é otras muchas cosas perdidas, que no ovo quien la pudiesse llevar. Recogida la gente al pueblo quemado, reposaron allí quatro dias, porque hallaron mucho mahiz en silos, y con ello y con algunos bledos sin sal passaron como pudieron; pero no faltó dia de ser acometidos y pelear con los indios, los quales se allegaban para esto de muchas partes con muchas boçinas de cobos grandes, que se oían de muy lexos, é con tanta grita y alaridos, que pareçia que aquellos valles é peñas se abrian. Pero no ossaban llegarse muy junto á los chripstianos, por el temor que avian á los

caballos, que á su vista era cosa admirable.

Desde á seys dias se partió de allí el gobernador, é á cabo de dos jornadas llegaron á un valle muy grande é muy poblado de una generacion de indios que llaman *aruagas* ó *aruacanas*: los quales, viendo á los chripstianos, quemaron sus pueblos, porque no les pluguiesse á los huéspedes el aposento, y tambien porque la fábrica ó arquitectura de aquellos edificios es de madera y paja, y presto los tornan á edificar. Visto aquesto, mandó el gobernador aposentar su real y gente una legua ó menos de otro pueblo que estaba por quemar la mitad dél, para que de noche lo tomassen los nuestros

sin ser sentidos. É assi se hizo: que quando amanesció, ya estaban algunos españoles en el pueblo, é los indios huyeron.

Llegado allí el gobernador, reposó con su gente siete ú ocho dias, porque todos yban muy cansados é hambrientos. É allí venian cada dia los indios á los flechar, y mucha cantidad dellos; pero no se açercaban tanto que los dañassen ni ossaban, pero quitábanles el sueño.

Como los chripstianos estuvieron algo mas descansados, tornaron á su camino la via del Norte, para volver, si pudiesen, á la ciudad de Coro é á la villa de Maracaybo, donde todos desseaban mucho de verse.

CAPITULO V.

Cómo el gobernador Ambrosio de Alfinger partió del pueblo quemado, continuando su camino para la ciudad de Coro, é de cómo fué muerto, y de lo que despues hizo la gente que con él estaba.

Partió el gobernador Ambrosio y los chripstianos del pueblo quemado, que se dixo en el capitulo de suso, é siguieron la via del Norte sin llevar lengua ni guia alguna, sino como su ventura y pecados los guiaban: é passaron por muchos pueblos, que ninguno dexaban de quemar los indios, assi como sentian yr los chripstianos hácia ellos. Y desde á quatro jornadas llegaron á un pueblo que estaba ençima de unas sierras, en que avia hasta dosçientos buhíos; y los indios estaban ençima de un çerro alto y tan çerca de los chripstianos, que desde el pueblo los vían é los oían hablar. É á media legua de este pueblo, en una ladera, estaba otro pueblo de ochoçientos buhíos é mas, y el gobernador se passó de largo y no quiso llegar á aquel pueblo grande, porque está entre unos arroyos, muy fuerte y peligroso, é temió que le acaesçiesse algund siniestro por la disposicion del asiento. Y passaron los nuestros por una

loma adelante á la mano siniestra de aquella poblacion grande, é durmieron en un monte: é otro dia passaron adelante un mal rio y de grandes barrancas por la costa dél, y caían y rodaban muchos caballos, y murióseles allí una yegua; pero no se perdió la carne: que luego se la comieron. Passado aquel rio y los barrancos, fueron á dormir en una savána, é quedó parte de la gente atrás á par daquel rio ques dicho, y el fardaje y el oro que llevaban: y estando otro dia de mañana esperando la reçaga, mandó el gobernador á Esteban Martin que subiesse ençima de una sierra que estaba çerca de allí, é consideráse el camino que avian de llevar; porque no llevaba otro adalid, y este aunque no sabia la tierra, era hombre de mucha diligencia y esforçado y que se daba buena maña en las cosas de la guerra. Y el Esteban Martin se fué á almorçar, para cabalgar é yr á lo quel gobernador le mandaba, y

estando bebiendo, llegó el gobernador á caballo, é le dixo: *Cabalgad, Esteban Martin, y vamos adelante.* De lo qual maravillado Esteban Martin, le dixo, viendo aquella novedad: *Á dónde vá vuestra merced tan de mañana? Ydos, señor, con la gente: que yo me yré luego adelante.* Y él replicó: *Con vos quiero yr; y llevemos cinco ó seys compañeros á pié con nosotros.* Y Esteban Martin le replicó y dixo: *Mejor será que vayan doce.* Y el gobernador comenzó á llamar algunos compañeros, é cabalgaron los dos é comenzaron á caminar: é seyendo desviados del Real dos tiros de ballesta, dixo Esteban Martin: *Señor, esperad los compañeros: que no hay camino, y perderse hán.* Y el gobernador le replicó: *Andad vos adelante: que por nuestro rastro se vernán.* É assi caminaron. É ya que yban metidos en un pequeño valle, sin ver ni saber cómo ni dónde se hallaban, se vieron cercados de indios que los flechaban por todas partes; y el Esteban Martin, viendo aquesto, arremetió poniendo las piernas al caballo contra donde vido el mayor golpe dellos, y el gobernador tras dél, como hombre de grand ánimo: y comenzaron á lançar dellos, é dieron luego á huir. Y ya que se yban, tornaron los dos, por recoger los peones que se quedaban atrás, é hallaron otro batallon de indios que los yban flechando por detrás, é arremetieron con ellos é hirieron á entrambos: al gobernador en la garganta y al Esteban Martin en una mano. Y el uno echó por un cabo y el otro por otro trás los indios: y volviendo los ojos Esteban Martin al gobernador, vídolo cercado de los indios, é uno dellos le daba con una macana al caballo: é arremetió á él Esteban Martin, é dando de lançadas al indio, le dieron á Esteban Martin cinco flechazos en el caballo, el qual murió, luego que tornaron al Real. Pero á las voces que andaban en esta batalla, acorrieron los chripstianos que se hallaron á caballo

y mas prestos, puesto que llegaron tarde y hallaron, herido al gobernador con una flecha por debaxo de la garganta, la qual él se estaba sacando con ambas manos y no podia desasírsela. Y cómo el monte era espesso y çerrado, no pudieron haçer daño á los enemigos, que ya se avian reatraydo y emboscado: antes se perdieran los chripstianos, si los siguieran en aquella espesura; pero cinco ó seys de los malhechores, que salieron á lo raso, fueron alcançados. É assi el gobernador é los demas se recogieron al real y se curaron los heridos, que todos estaban heridos con hierba, la qual no avian hallado ni visto en todas aquellas sierras.

Otro dia passaron á otro pueblo de los mismos indios que los flecharon, que estaba dos leguas delante, é avíanse huido al monte: é apossentáronse allí los chripstianos, é al quarto dia murió el gobernador, habiéndose confesado y con mucha contriçion encomendándose á Dios, Nuestro Señor, el qual haya piedad de su ánima.

Muerto el capitan general, juntóse la gente é hiçieron su general é justiçia mayor á Pedro de Sanct Martin, factor y veedor de Su Magestad; y estuvieron allí seys dias, porque Esteban Martin estaba muy malo, é porque era mucha parte de la salud de todos la suya; porque era hombre diestro y de mucha suficiencia en las cosas de la guerra. Y se cree que muriera, si no fuera por la mucha dieta que tuvo quinze dias, sin beber gota de agua ni de otro brevaje: ques muy grand remedio contra la hierba. Á cabo de seys ó siete dias que estaba mejor, volvieron á caminar, é llegaron á un pueblo despoblado de cinco casas: é de allí fueron çiertos compañeros á ver un camino, y desde á poco volyeron huyendo, dando alarma que venian indios trás ellos. Y luego el general cabalgó é hizo salir trás ellos é alcançaron algunos; y

ellos mataron uno de los de á caballo é hirieron al capitan Monserrate, é mataron el caballo al capitan general, é pararon los nuestros allí aquella noche.

El dia siguiente, continuando el camino, tomaron unas indias vestidas unas sayas texidas sin costura, que les tomaba desde la cabeça hasta los piés, é unos capillos como de frayles: á las quales entendian alguna cosa, y se decian *tayatamos*, é no negaban que comian carne humana. É caminaron por un valle é rio abaxo hasta que llegaron á lo llano; pero tambien en partes avia grandes montañas.

Desde allí el capitan general envió á Pedro de Limpias, lengua, adelante con alguna gente, para que descubriese el camino: é llegó á un pueblo de cinco buhíos, é los indios que allí avia, se defendieron é mataron un chripstiano é hirieron otros quatro, y estuvieron peleando hasta que llegó mas gente, é los indios huyeron. Allí se juntan tres ó quatro rios, y de todos se haçe uno muy grande que se llama Tarare, el qual entra en la laguna de Maracaybo. É anduvieron por aquellos pueblos siete ú ocho dias, que no sabian por donde yr, ni tenian guia; y llegados á unos pueblos despoblados, pararon en uno dellos, y el capitan general envió gente á buscar algund camino, y mandó á los que fueron á esto que procurassen de haçer algunas guias. É llegaron á un pueblo que estaba media legua ó menos de allí, donde hallaron muchos indios flecheros, que los comenzaron á flechar, y estos chripstianos descubridores se retraxeron, dando mandado y alarma; y como estaban cerca, sintióse en el real, y el capitan general con la mas gente que pudo seguirle acudió allá, y aunque estaban fuertes los indios en el pueblo lo desampararon; pero mataron allí al capitan Monserrate é á su caballo, é á otros dos compañeros con flechas de hierba: y el capitan general se retraxo con los chripstia-

nos, por no rescibir mas daño, y luego los indios se tornaron al pueblo. É cómo vino la noche, se fueron de allí á esperar adelante á los chripstianos dos jornadas, en otro pueblo: é cómo llegaron allá los españoles, hallaron los indios con albarradas y palenques hechos fuertes, y comenzóse el combate entre ambas partes con grande ímpetu y ánimo, é turó mas de dos horas. Hirieron un caballo, que murió desde á quatro dias, é hirieron á quatro chripstianos; pero plugo á Dios que no murió alguno. Ganáronles el pueblo é prendieron diez ó doce personas.

Estos indios son una generacion que llaman aruacanas, de los quales no hallaron mas de aquellos dos pueblos. Passados de allí los chripstianos, entraron en otra gente de indios que se diçen pemenos, que tienen pueblos de treynta ó quarenta buhíos, y es gente doméstica; pero tampoco atendian, antes desamparaban sus casas y escondian sus haciendas, assi como avian sentimiento de los chripstianos.

É assi passaron en cinco jornadas muchos pueblos destes, é al cabo dellas hallaron un pueblo con gente, la qual huyó luego; pero por priessa que se dieron, alcançaron é fueron pressos mas de veynte personas, é preguntándoles la causa por qué huyeron, dixerón que porque cerca de allí estaba un chripstiano, como los nuestros, y que creian que estos otros yban en busca daquel, y por esto pensaban que los querian matar. Esteban Martin, lengua, entendió algo desto, é dixo al capitan general que decian aquellos indios que una legua de allí estaba un chripstiano, é que se afirmaban tanto en ello que creia que debia de ser assi la verdad. Y enviaron tres indios que le fuessen á llamar, é nunca tornaron: y enviaron despues dos indias á lo mismo, é diéronles algund rescate, é dixerón ellas que otro dia tornarian; pero tampoco

volvieron. É viendo aquesto, movieron todos los chripstianos, para yr á aquel pueblo é llegaron á un rio muy hondo é ovieron de passar á nado algunos. Allí se les murió un caballo que llevaban herido, y estándolo despedaçando y repartiendo entre la gente para lo comer, llegó el alguacil mayor, Francisco de Sancta Cruz, que avia sido de los que se avian adelantado con alguna gente, é dixo que avia topado con aquel chripstiano, que decian los indios pressos que estaba en aquel lugar: el qual venia con él desnudo en carnes y descubiertas sus partes vergonçales, y con un arco y sus flechas y un calabazo de cal, y un fardel de hierbas que traia de aquella que meten en la boca los indios, para no aver sed. Y pregun-

táronle por el capitan Inigo de Vascaña é los otros chripstianos, quel gobernador Ambrosio avia enviado á la cibdad de Coro con los treynta mill pessos de oro; porque este hombre era uno de los compañeros que con él avian ydo; y él dixo que todos eran perdidos. É assi se fueron estos, el general y los españoles al pueblo donde este chripstiano residia: y el general le mandó que llamasse á los indios de aquel pueblo, porque ya aquel hombre era buena lengua, y los truxo de paz, aunque no muy seguro dellos. É allí se ovo informacion de cómo habia pasado su desventura deste chripstiano y de los otros veynte é quatro, é del capitan Vascaña, como se dirá mas largamente en el capítulo siguiente.

CAPITULO VI.

En que se tracta del subçesso del capitan Vascaña y de la gente y oro, que con él envió el capitan Ambrosio á la cibdad de Coro, lo qual se supo de un hombre de los mismos, que se halló hecho indio, é otras cosas que convienen á la historia.

Cómo estos chripstianos estaban en grandissima neççessidad de lenguas é guias é no conosçian en qué tierra estaban, ni qué camino debian seguir para tornar á la cibdad de Coro ó á Maracaybo, é avian oydo que entre los indios allí çerca estaba un chripstiano, con esperança que seyendo verdad, aquel sabria guiarlos y entenderia á los indios, acordaron de lo yr á buscar. Y en aquel rio, que se dixo en el capítulo preçedente, se pararon á haçer balsas, para le passar, é adelantósse el alguacil mayor Francisco de Sancta Cruz, por mandado del capitan general, é passó á nado con treynta hombres el rio, y siguió un camino que halló de la otra parte, y desde á una legua toparon un pueblo grande despoblado. Y dexó allí los compañeros y él passó adelante en busca de algund camino, que fuesse á su propóssito, y topó con un

chripstiano desnudo en carnes, como nasció y sus vergüenças de fuera, y embixado, é las barbas peladas como indio, é su arco é frechas é un dardo en la mano, y la boca llena de hayo, ques çierta hierba para no aver sed, é su *báperon*: este es un calabazo en que traen los indios çierta manera de cal, para quitar la hambre, chupándola. É mirándole algo desviado, pensó que era indio, el qual se venia derecho al Sancta Cruz, y arremetió á él; y aquel conosçió al Sancta Cruz, antes que se juntassen, y él al otro hombre que assi venia fecho indio: y abiertos los braços se fué el uno al otro y se abraçaron é besaron muchas veçes en las mexillas con mucho goço; porque eran muy amigos de antes, y por la novedad del caso y por el remedio deste chripstiano, el qual se llamaba Francisco Martin, y era uno de los que se perdieron con el

capitan Inigo de Vascaña; y demas desto avia mucha causa para su alegria, porque estos chripstianos andaban çiegos y sin guia ni lengua. Y luego el alguacil mayor lo hizo saber al capitan general cómo avia hallado á este hombre: el qual fué luego con toda la gente donde estaba el alguacil mayor y este chripstiano Francisco Martin, é todos ovieron grandissima alegria en verle; porque á la verdad fué hallar á este hombre un medio que quiso dar Dios, para que todos se salvassen é saliessen de donde estaban. É assi este hombre los llevó á un pueblo que se llama *Maracaybo*, en el qual estaba un indio principal que era su amo, que le avia comprado de otros indios.

Ya este chripstiano entendia muy bien la lengua de aquella provincia; y llegados al pueblo, no hallaron á nadie en él: que avian los indios huydo al arcabuco ó monte. Y el Francisco Martin los fué á llamar, é fueron con él treynta hombres chripstianos, por seguridad de no le perder y porque como le avian topado acaso, no se sabia si tenia pensamiento de huyr y perseverar en aquella salvajez é brutal hábito, en que le avian hallado, ó porque los otros indios no le mätassen ó se lo llevassen, no quisieron que fuesse solo. É hallaron á los indios en unos ranchos dentro de çiertas çiénagas, é mostraron que holgaban con los chripstianos, é diéronles de comer de lo que tenian: é assi se vinieron con el Francisco Martin é los otros chripstianos, é truxeron alguna sal, la qual tuvieron en mucho los nuestros, porque avia dias que no la tenían. É aquel principal y sus indios se tornaron á sus casas, y el general mandó que ningund desplaçer á ninguno se hiçiesse, ni se tomasse cosa alguna mas de lo que los indios les diessen de su grado.

Siendo interrogado sobre juramento este Francisco Martin, çerca del viaje y perdiçion del capitan Inigo de Vascaña y

los otros chripstianos que con él avia enviado á la cibdad de Coro el gobernador Ambrosio de Alfinger, con el oro que es dicho, dixo que despues que el capitan Casamyres de Nuremberg los dexó é se tornó al gobernador, el mesmo dia entraron en unos pueblos que llaman de los *tapeys*, y en quatro dias otros atravessaron la sierra questá poblada de aquella nasçion; y es poca gente é tierra estéril y de poco bastimento. É passadas aquellas sierras con mucha neççessidad é hambre, vinieron por un rio abaxo á los llanos de háçia la laguna de Maracaybo; y desde el dia que el capitan Casamyres los dexó, repartieron el oro y lo traian los chripstianos en mochilas, á diez é doçe libras por hombre, por falta de indios. É assi continuaron su viaje, yendo por aquel rio abaxo, porque no tenian ni hallaron otro mejor camino: é sin hallar cosa que comer, sino eran algunos palmitos amargos, en los cuales quebraban las espadas, por los cortar. É andando por el rio le hallaron adelante hondo, y por no tener otro camino é aver anchos boscajes çerrados fuera del agua y estar los chripstianos muy flacos, y coxos, y descalços los mas dellos, y cargados con este oro que en mal punto vieron, acordaron de haçer dos balsas: y en ellas se echaron el rio abaxo con su oro, y caminaron hasta una legua en ellas, é dieron en unos baxos, é no pudieron llegar á tierra; y con el mucho ímpetu del agua se les desbarataron en los baxos, y se les perdió una carga del oro, la qual llevaba un Juan Montañés de Mañero. Que constreñidos de la neççessidad, salió el capitan Vascaña con toda su compañía en tierra, para se yr por la costa del rio abaxo, é un Johan Florin, gascon ó francés, é otro que se decia Martin Alonso, é otro llamado Pedro de Utrera, no quisieron desamparar su balsa, sino yrse en ella el rio abaxo: é anduvieron en ella hasta legua y media,